

mialista-independiente.

—Mire, ¿cómo se puede hacer presión para que la gente vote en una urna cerrada, que es secreta? Yo creo que mientras más presión se le hace a un sujeto culto e inteligente, menos se consigue de él. Usted comprende que si le dijeran a esta persona que tiene que votar por un marxista diría, probablemente en un régimen marxista, que sí, pero a la hora de votar no lo haría. El Ministerio no nos ha ayudado. Con respecto a dar la cara, nosotros la deremos frente a nuestra gente. A ellos les gustaría que fuéramos a las asambleas, donde gritan, patean, chiflan y creen que con eso convencer a alguien. Si las cosas se consiguen con votos y nosotros hemos ganado con votos. Yo no voy a ir a ninguna asamblea.

“La doctora Pollarolo me está desafiando a que yo sea capaz de demostrar en las asambleas de que yo no soy un hijito de mi papá, que no soy hijito del ministro de Salud. No le voy a dar en el gusto a la doctora Pollarolo. Yo voy a estar donde debo estar, trabajando para los médicos del país y no para asambleas vocingleras. No voy a reconocer dirigencias de grupos de bases que no sean absolutamente transparentes en su elección. Hay un montón de organizaciones de bases que son absolutamente brujas en su gestación.”

—El 14 de este mes se elegirá una nueva directiva del Consejo, ¿cómo vislumbra esa votación?

—Exacto. ¡Qué bueno que me ponga ese tema! Nosotros hemos obtenido el cuarenta por ciento a nivel nacional. La DC domina absolutamente el Consejo General donde se van a elegir los nuevos dirigentes del Colegio: el presidente y el secretario general. Yo quiero hacerle un llamado formal a la DC, a sus consejeros. Les diría que no hagan caso omiso de este cuarenta por ciento, que analicen objetivamente estos resultados y que vean si será o no conveniente elegir de nuevo a un presidente político, que no goce de prestigio entre el gremio. ¿No será mejor elegir gente idónea, prestigiosa?

—El doctor Ricardo Vacarezza es de la opinión de entregar la directiva de la orden al grupo gremialista triunfante en Santiago. ¿Qué le parece ese gesto?

—Yo tengo un gran respeto por el doctor Vacarezza. Creo que es consecuente, porque es un hombre muy honrado y muy leal. Yo sé que lo dicho por él más de un raspacacho le ha costado en su partido. Creo que también tenemos derecho a dirigir el Consejo Regional Santiago, porque somos cuatro de un total de nueve. Le pediría al doctor Vacarezza que influya en su partido para que se nos dé más representación en el Consejo General, porque éste no se elige directamente.

Patricio Fuentealba ■

## La URSS en el ocaso de Reagan

En su ocaso político, Ronald Reagan ha señalado que la caracterización que hizo hace algunos años de la Unión Soviética como “el imperio del mal” ya ha perdido vigencia.

Es cierto que la Unión Soviética presenta hoy cambios internos interesantes. Resulta igualmente efectivo que los procesos políticos son siempre impredecibles en su dinámica y su desenlace. Sin embargo, lo que intenta Gorbachev dista siquiera de pretender modificar la esencia del régimen existente en su país desde 1917.

En su tedioso libro titulado *Perestroika*, el líder soviético es explícito hasta la crudeza para puntualizar que no se trata de alterar ni abandonar el marxismo-leninismo, sino de afianzarlo.

Exigido por la necesidad de atraer capitales y tecnología occidentales para intentar la modernización de una economía interna sumida en la más dramática ineficiencia, el liderazgo soviético ha diseñado la reestructuración o *perestroika*.

La evidencia obliga a que ella contemple ciertas liberalizaciones que brinden alguna expresión de los mercados. Pero sus perspectivas (incluso desde el solo prisma económico) tropiezan con las limitaciones que les impone la esencia totalitaria y estatista del sistema.

Sin reconocimiento y estímulo de la iniciativa personal como motor del desarrollo; sin propiedad privada de la generalidad de los medios de producción; sin libertad de precios que operen como señales informativas de las preferencias de los consumidores, y —en fin— sin posibilidad de que los particulares adapten sus estructuras productivas conforme a esquemas competitivos, ningún “incentivo” o “descentralización” será suficientemente eficaz para avanzar hacia una economía libre o social de mercado. Su destino práctico será el fracaso, similar al de otros reformismos soviéticos anteriores.

Por otro lado, la *glasnost* o transparencia informativa, se asume sólo co-



Jaime Guzmán

mo un requisito para enfrentar el estancamiento y la corrupción del aparato partidista del comunismo, que Gorbachev busca revitalizar. No se apunta a forma alguna de pluralismo político que pudiera tender hacia una sociedad más libre. Nada que se aparte del monolitismo doctrinario marxista-leninista.

Naturalmente, Reagan exalta lo inédito de un presidente norteamericano que conversa en Moscú con disidentes soviéticos, o que habla en sus universidades con estudiantes soviéticos sobre los derechos humanos. Pero conviene ser muy cauto en las ilusiones.

¿Hasta qué punto lo anterior es una brecha capaz de introducir aire significativo en el hermetismo de un Estado totalitario? Y, a la inversa, ¿cuánto hay en ello de habilidad publicitaria, calculada a la medida de la voluble opinión pública occidental, conforme al efectivo contenido propagandístico de la propia palabra *glasnost*?

No deja de ser sugerente que en plena “cumbre” el prominente comentarista soviético Feodor Burlatsky haya refutado, en el semanario *Liternaturnaya Gazeta*, que Ligachev encabece una oposición activa a la *perestroika*, diciendo: “Creo que nadie encabeza ninguna oposición. Simplemente es imposible en nuestro sistema político. Si apareciera tal persona en el escenario político, sería separada de la dirección”.

En cuanto a la voracidad imperialista soviética, también el “internacionalismo proletario” forma parte del núcleo básico del marxismo-leninismo. De ahí que mientras busca atenuar su derrota en Afganistán bajo un manto pacifista, la Unión Soviética no cede ni un ápice en sus afanes hegemónicos aun más cruciales sobre Nicaragua.

Reagan podrá sonreír más tranquilo abjurando del anatema que otrora lanzó a la Unión Soviética como “el imperio del mal”. Pero el imperio está allí y el signo moral de la doctrina que lo mueve es el mismo.